



**DISCURSO DON ALBERTO VIAL E.
DIRECTOR COLEGIO SAN FRANCISCO DE ASÍS
CEREMONIA FINAL 2019**

Queridas familias, queridos alumnos, profesores y sacerdotes del colegio; estimados miembros del Consejo de la Fundación Educacional San Francisco de Asís:

Nos hemos reunido esta tarde para celebrar con alegría el término de este año escolar y la graduación de la vigésimo octava generación de alumnos que egresa del colegio.

Así como la brisa de la tarde mueve los árboles, la brisa, el soplo del espíritu Santo nos ha impulsado a recitar el *Te Deum*. Sí, es Dios mismo el que nos ha movido, como el viento a un velero o la brisa a los árboles, nos ha movido a reconocerlo en todo lo creado y agradecerle, alabarlo y venerarlo, darle culto. Sin el impulso del Espíritu Santo ¿cómo podríamos decir: *A ti oh Dios te alabamos, a ti Señor te reconocemos, a ti eterno Padre, te venera toda la creación?*

Al recitar este himno hemos participado de los coros de los ángeles, de los apóstoles, de los profetas y de la Iglesia peregrina extendida por toda la tierra, que se une a nosotros en esta alabanza.

Pero esta oración no es solo una experiencia espiritual, en el sentido de que está alejada de nuestra realidad concreta. Una vida sin esperanza no es verdadera vida y una vida con esperanzas pequeñas e inmediatas es una vida mediocre, miserable. Hemos proclamado que tenemos un Rey, que nos ha liberado de las cadenas del miedo y nos ha abierto las puertas de su Reino para vivir en la gloria, en una felicidad inconmensurable con todos los santos por eternidad de eternidades, para siempre. Esta es nuestra esperanza, gigante, invencible.

Es muy distinta la vida de un hombre camino al patíbulo, a una muerte sin sentido, sin esperanza, a la vida de un hombre que está siendo conducido, o mejor, llevado por un camino que conduce a la paz y la gloria eterna. Ambas vidas concretas y reales son radicalmente distintas.

El fin de la educación es precisamente conducir, con la Gracia de Dios, a nuestros hijos a su plenitud, para que impulsados por la esperanza crezcan en su libertad. La educación cristiana es para la libertad, para que cada uno de nosotros sea movido interiormente hacia la plena realización de su humanidad, en la entrega sincera de sí mismo. La libertad consiste en esto, en la posibilidad de la entrega de sí, que sólo es posible cuando somos movidos, empujados, como un velero es impulsado por el viento en el mar hacia un destino conocido.

Sin embargo, a veces esto se hace difícil cuando estamos flotando sobre una corriente que nos arrastra, cuando hay vientos arremolinados que nos zarandean y nos confunden. Estos son los que San Pablo llama vientos de doctrina, "*invento de personas astutas, expertas en el arte de engañar*" (Ef 4,14).

Porque no estamos solos en este mundo. Somos parte de una sociedad en la que conviven distintas concepciones sobre el hombre y la vida, distintas culturas. El Papa Pablo VI, y después san Juan Pablo II, definen la civilización o cultura del amor, a la que se opone una anti-civilización o cultura de la muerte. La cultura del amor es la que Dios, que es amor, quiere para los hombres en el mundo y que tiene como célula fundamental a la familia.

La cultura se comunica, se hereda de una generación a otra. La palabra cultura tiene su origen en cultivo. Nuestra manera de concebir la vida y nuestro destino se cultiva, es fruto también de un trabajo, donde es necesario remover obstáculos, regar, abonar, desmalezar. Esto es fundamentalmente la educación, transmitir una cultura, una forma de vida con una esperanza común, enraizados en Cristo, como los sarmientos a la vid. El colegio existe para eso. Los que

trabajamos en el colegio queremos cooperar con las familias en la transmisión de la civilización del amor, para la humanización del mundo.

Sin embargo, nos toca asumir tanto en nuestro quehacer como en nuestra vida personal, un combate. Cuando cultivamos la tierra asumimos un cierto combate con los obstáculos que impedirían el brote de la semilla: las piedras, las malezas, la mala tierra, etc., pero nuestro esfuerzo está puesto en el cuidado del brote, de la flor, del fruto.

Análogamente, el sistema escolar en Chile presenta muchos obstáculos que como colegio debemos sortear. Desde hace unos 20 años existe en Chile una educación o currículum oficial en la cual se declaran explícitamente de distintas maneras cuestiones que contradicen la cultura, esta civilización del amor que deseamos transmitir. Como por ejemplo, la descalificación de todo tipo de autoridad y obediencia, la inexistencia del bien y del mal, la supresión del concepto de verdad y de belleza, la familia como una entelequia, el derecho a poseer bienes y placer como bien supremo, falsificación de la historia y desprecio por las tradiciones y costumbres, ausencia del pudor, la castidad y una sexualidad ordenada, pérdida del valor de la vida de los otros, hasta de los propios hijos y padres, la sociedad entendida como lucha de clases sociales, de sexos, de niveles etarios, étnicos, intergeneracionales, y una larga lista de ideas, conceptos, principios que creo no es del caso detallar o profundizar en esta ocasión y que constituyen lo que san Juan Pablo II llamó la anti-civilización, no sólo porque se opone a la civilización del amor sino también porque es una utopía que destruye al hombre, por lo que no puede ser llamada propiamente civilización.

Hoy tenemos en Chile miles de jóvenes en las calles, que han sido educados en esta anti-cultura, con los anti-valores del relativismo, positivismo, utilitarismo, liberalismo y otros que acabo de mencionar, henchidos de resentimiento y odio y con el convencimiento profundo de ser víctimas de un sistema que no les ha entregado lo que prometió, que los engañó. La canción de Los Prisioneros, "El baile de los que sobran", muy cantada en las manifestaciones, resulta bastante ilustrativa.

El colegio, porque tenemos a Jesucristo como nuestro Rey y Señor, ha mantenido el rumbo sin ser arrastrado por la marea de las mayorías o los vientos de doctrinas novedosas, no exentos del combate espiritual inherente a nuestra condición humana.

Queridos alumnos que egresan, hemos intentado transmitirles una cultura. Ahora ustedes, los que quieran y con la Gracia de Dios, reciban la lámpara de aceite, como en la parábola de las mujeres prudentes, y consérvenla encendida para entregársela a sus hijos y a la próxima generación, para ser luz del mundo, que necesita de personas que quieran construir la civilización del amor. No es necesario ser mayoría, es necesario perseverar en la Verdad.

El aceite es el Espíritu Santo, que deben conservar en su corazón. Perseveren en una vida de Fe, frecuentando la confesión, la misa, la oración y recuerden que aquí en el colegio siempre habrá sacerdotes para recibirlos.

Que Dios los bendiga, muchas gracias.